

de gentes las veredas inmediatas y el cerrillo de la izquierda, y hasta por la derecha aparecían montados en magníficos pencos, muchos bandidos de caras atezadas y chaquetas de cuero que se lanzaban al galope contra la reducida tropa de don Ignacio.



Cuando llegó el capitán vió un grupo de jinetes rodeando á Comonfort, y al general Cañedo corriendo á toda prisa y tratando de moralizar á la infantería. Se incorporó á los ayudantes del jefe y cargó con ellos y los pocos soldados dispuestos á la lucha. Vió que un ladrón



desaforado asestaba un machetazo á Comonfort y le rebataba desde el ojo izquierdo hasta el carrillo. Pancho cerró contra el facineroso y le descargó un tremendo tajo. Tuvo tiempo de ver á don Ignacio defendiéndose con el sable en la mano, pero en el mismo instante recibió por detrás un golpe tan fuerte que le derribó del caballo. En ese momento caía Comonfort, y Olivos le oyó exclamar en las angustias postreras:

— ¡Amigo, no me mate y le ofrezco hacerle una bonita fortuna!

Pancho se desvaneció en aquel instante; al recobrar el conocimiento estaba en una cama en la posada de Chamacero, de donde fué trasladado á San Miguel.

La juventud y la fortuna ayudaron mucho al oficial: se hallaba en la edad en que se sale con bien en todos los conflictos, se salvan todas las dificultades y se cuenta con el auxilio de la buena suerte. La lanzada se deslizó entre cuero y carne, conforme aseguró el físico que hizo el diagnóstico, y cuando la herida estaba todavía abierta y todo el mundo aconsejaba á Pancho que se curara en regla, él montó á caballo y salió buscando la huella de Porfirio, á quien se imaginaba entretenido aún en los trabajos de organización.

\* \* \*

Pero su desconsuelo fué grande cuando se enteró por los periódicos de que el general había salido de San Luis con ruta ignorada y llevando consigo tres brigadas y una sección de artillería.

Pancho siguió las huellas del ejército por Ameales, Molinos de Caballero, Rancho de los Dolores y Pateo, y aunque la tropa iba haciendo cortas jornadas y deteniéndose en muchos lugares, más despacio y con mayores precauciones tenía que ir el pobre convaleciente, que conocía estar expuesto sin poderse valer, á la acometida de cualquier gaviileja. Como sintiera algo de fiebre y escozor en la herida, se detuvo dos días en Pomoca, donde todavía se conservaban frescas y palpitantes las memorias del gran repúblico y honrado varón que habían sacrificado la imbecilidad y el odio en maldito consorcio. Hizo otro alto de veintitantas horas entre Tepetongo y Angangueo, y se reunió con la columna en Zitácuaro, donde ésta había descansado dos días y se hallaba dispuesta á salir una vez que pasara el tercero.

Gran placer recibió Porfirio al ver de nuevo á su fiel ayudante. Los ojos se le llenaron de lágrimas cuando Francisco le refirió con todo espacio su mensaje á Comonfort, la horrible asechanza en que el pobre general perdió la vida en castigo de su imprevisión, la herida, la convalecencia y el camino penoso y lleno de dolores.

Toda la división, que conocía y mimaba á Olivos, se



regocijó con su restablecimiento y aplaudió su vuelta, y el mismo soldado viejo que en otro tiempo había industrializado á Miguel acerca de la forma de pelear y le había dado noticia de muchos sucesos del cinco de Mayo, le tomó por su cuenta y se la dió muy puntual de la composición del nuevo ejército.

«Aquí tenemos, como quien dice, la flor de la gente chinaca, pues ya sabes que el general es el dedo chiquito del señor Juárez. Ballesteros tiene la primera brigada, con el quinto batallón móvil de Oaxaca, que está á las órdenes de Manuel González, y el primero ligero de México, mandado por Juan Espinosa y Gorostiza. A los de Sinaloa les dirige Apolonio Angulo, que tiene como jefes de sus cuerpos á Diodoro Corella, Jesús Toledo y Crispín Palomares. Entre los de á caballo están Mariano Escobedo, Ramón Reguera y Jerónimo Treviño. Los cañones van á las órdenes de Martiniano León y seremos por todos unos tres mil hombres.»

Siguió la columna por Laureles y Orocutín, y pasados aquellos lugares la tropa se alegró pensando cesarían las marchas monótonas en que no se columbraban, durante leguas y leguas, ni el fez de un zuavo, ni la reata de un traidor. Pero lo que no sabían los soldados, y apenas lo maliciaban los oficiales, era que la marcha de aquella tropa estaba amagada de continuo por fuerzas numerosísimas, y que la suprema habilidad de Porfirio era evitar

acciones decisivas que hubieran comprometido la existencia del pequeño núcleo, formado con tanto amor y dispuesto con tan ímprobo trabajo.

Desde Laureles se presentaron numerosas guerrillas, que sin descansar hostilizaron la retaguardia y los flancos de la división de Porfirio; pero para aquellos valientes muchachos era negocio de coser y cantar hacer pedazos á gentes colecticias y sin orden ninguno: las avanzadas solían dar buena cuenta de tales bribones, y á veces sus tiros se confundían con los que disparaban los dependientes de la intendencia contra algún cerdo salvaje ó algún toro cerril y sin dueño.

Así, entre risas, juegos, escaramuzas y disparos, siguió su marcha la atrevida columna que llegó á la rancharía de Pungarancha un sábado al amanecer. Allí estaba el traidor Laureano Valdés encargado de cerrarle el paso esperando á un buen golpe de franceses de los que mandaba Berthier, que habían salido de Toluca para reforzar á la canalla extranjerizada.

Se colocó Valdés en un lugar que se le figuró fácilmente defendible, pues tenía á su frente el río, invadible en aquel punto. El general dió orden para que se formara con barriles y trozos de madera un puente que facilitara el paso del río. Determinó que mientras un cuerpo de infantería pasaba por aquel improvisado ingenio, la artillería batiera á los imperialistas, y él con toda calma



quedó observando el resultado de las operaciones, acompañado del grueso de las tropas. No tardaron los coaligados en poner pies en polvorosa, mientras los republicanos llegaban á Tejupilco; Berthier regresó á Toluca sin haber podido realizar su intento, y se continuó el camino en medio de chacotas, risa y chanzas.

Lo que no sabían aquellos valientes ni su mismo jefe, era que aquella accioncilla era el inicio de las muchísimas que durante cuatro años habían de inundar de sangre el noble suelo michoacano, baluarte de la libertad y asilo de las causas más grandes y generosas.

Tras una refriega en Taxco, el ejército pasó el Mexcala con dirección á Chilapa y Huajuapam, y de allí por la posta, Porfirio y sus ayudantes llegaron á Oaxaca.

Gobernaba el Estado don Ramón Cajiga y tenía como secretario á un tal Esperón, hombre ducho en tretas, conocedor de los códigos, gran enredador y amigo de burlas.

Los mandones recibieron á los recién llegados con todos los extremos de cortesía y admiración que pudieron acumular, y luego de hacerle saber á Porfirio que le tenían por más prudente que Ulises, más ardido que Aquiles, más afortunado que César, más noble que Fabio Máximo y más honrado que todos los capitanes habidos y por haber, le interrogaron á las claras sobre qué hacía por aquellas remotas tierras, hombre tan ilustre y polí-

tico tan discreto. Naturalmente que Pancho Olivos no asistió á las conferencias, ni se percató de las dificultades; pero un su amigo, tracista y decidor como ninguno, le refirió el diálogo entre los contendientes. Yo le pongo aquí, aunque sin garantizar que sea cierto:

CAJIGA. — Celebro en el alma la presencia del insigne luchador de Puebla, que ilustró en el centro del país el nombre de Oaxaca y puso tan alto el valor proverbial de nuestra tierra.

PORFIRIO. — Mucho le agradezco sus elogios al señor Gobernador. Yo no he hecho más que cumplir con mi obligación.

CAJIGA. — ¿Y qué trae al señor general por esta tierra?

ESPERÓN. — Porque nos figuramos que no vendrás solo. Debes de traer algunas tropas y se nos ocurría preguntar qué objeto tienen.

PORFIRIO (con retintín). — Tal vez sabrán ustedes que un ejército francés tomando pretexto de no sé qué susceptibilidades diplomáticas, tiene invadido el país y amenaza extender su acción hasta nuestra tierra.

CAJIGA. — Sí que lo sabemos, y aun felicitamos al señor general por su valiente comportamiento en Puebla; pero de seguro que esos invasores no vendrán por aquí.

PORFIRIO. — ¿Que no vendrán?

ESPERÓN. — No vendrán si no se les reta.

CAJIGA. — Está claro. No vendrán si no se les obliga á



ello levantando tropas y préstamos, fortificando las poblaciones y demostrando, en fin, que se trata de resistirles.

PORFIRIO. — Pues haré esas cosas y otras muchas más que me callo si cuento con la buena voluntad de mis paisanos.

CAJIGA. — No piense usted en eso, porque dará muestras de ser muy mal oaxaqueño. Desencadenar sobre un país las furias de la guerra, exponerle á atropellos, robos, muertes y toda clase de excesos, es una obra pésima y reprochable.

PORFIRIO. — Pues esa obra pésima y reprochable vengo á acometer.

ESPERÓN. — Te repudiaríamos todos los oaxaqueños.

PORFIRIO. — Pero me aceptarían todos los mexicanos. ¿No sería un egoísmo incalificable que, cuando el país entero arde con la guerra y se prepara á defenderse, una parte de él permaneciera cruzada de brazos, sin movimiento y sin vida, resuelta á mirar el sacrificio de los demás Estados como quien mira una calamidad que acontece en otro planeta?

CAJIGA. — ¿Quién se lo manda? ¿Por qué no calcularon lo que había de venir? Nosotros no fuimos lerdos, y todo está en magnífica situación. Ellos podían arreglar lo mismo que nosotros y evitar á la nación entera las calamidades consiguientes.

PORFIRIO. — ¿Y qué convenio es ese tan famoso?

CAJIGA. — Sencilísimo; no se trata de ninguna invención oculta y podemos decírselo á usted: se pactó la neutralidad del Estado. Si la nación aprueba el actual movimiento, nosotros, á fuer de demócratas, nos inclinaremos ante su voluntad. Si, por el contrario, le rechaza, iremos á la guerra; pero será luego que hayamos agotado los medios pacíficos.

PORFIRIO. — ¿Y qué arreglos pacíficos son posibles entre mí y el ladrón que llega á robar mi casa á media noche? Los tiros, los palos, los sablazos, los araños, todo antes que dejarme arrebatarse lo que me pertenece.

ESPERÓN. — Es caso muy distinto. El derecho público...

PORFIRIO. — Sí, es distinto el caso, porque yo puedo prescindir de lo que me pertenece; pero no puedo renunciar á los derechos de mi patria, de mi tierra, de la tierra en que reposan los huesos de mis muertos, en que están vinculadas las tradiciones de mi raza, la heredad de mis hijos, el porvenir de mi país. Eso no lo puedo ceder; sobre eso no puedo transigir, ni sujetarlo á árbitros ni á amigables componedores.

CAJIGA. — Seamos prácticos, amigo mío; seamos prácticos y no nos ilusionemos con frases de periódico.

PORFIRIO. — Precisamente porque pienso que es lo más práctico, estoy resuelto á defenderme.



CAJIGA. — No lo hará usted.

PORFIRIO. — ¿Y por qué no he de hacerlo?

CAJIGA. — Porque yo, que soy el Gobernador, se lo prohibo á usted.

PORFIRIO. — Pues yo, que tengo mando sobre Oaxaca, Veracruz, Yucatán, Tabasco, Campeche y Chiapas, digo que se ha de hacer.

CAJIGA. — Pero eso lo prohíbe la Constitución.

PORFIRIO. — Está usted muy falto de noticias. Quizás no sepa todavía que el Congreso acaba de conceder facultades extraordinarias al señor Presidente y que él me las ha delegado.

ESPERÓN. — Es anticonstitucional la concesión, y más anticonstitucional la delegación de facultades.

PORFIRIO. — ¿Y de qué artículo de la Constitución tomó usted la facultad para transigir con el extranjero invasor?

CAJIGA (poniéndose en pie). — Es inútil que sigamos discutiendo. ¿Está resuelto usted á usar de las armas para poner en práctica esos anárquicos propósitos?

PORFIRIO. — En este caso, las armas no tienen más objeto que defender á la nación del invasor extranjero y de los traidores.

ESPERÓN. — ¿Y quiénes son los traidores, Porfirio?

PORFIRIO. — Todos los que se resistan á cumplir las órdenes del Gobierno.

De moños se separaron los interlocutores, y de allí salió la renuncia que Cajiga presentó al Congreso, el cual se disolvió en seguida. Porfirio se hizo cargo del gobierno, y después, mirando que aquello le quitaba el tiempo que



debía dedicar á otros negocios, nombró gobernador á Ballesteros, poniendo á su lado, como secretario, á don Félix Romero.

Entonces comenzó aquella época de trabajo asiduo y constante; aquel imaginar de dónde sacaría recursos y



cómo subvendría á los gastos de organización y disciplina de las tropas; aquel afán de hacer aprestos y reunir fondos y fabricar y componer armas y confeccionar *parque* y hacer uniformes y reclutar gente.

Varios meses se pasaron en aquellas tareas preliminares, y Pancho los dejó transcurrir sin ningún pesar, pues estaba encantado de la hermosura de la tierra, de la originalidad de las costumbres, y de la limpieza, gallardía y primor del poblado.

Admiró la portada de la Soledad, aquel bello mosaico arquitectónico que parece hecho de pórfido; la fuerza y solidez de los muros ciclópeos de Santo Domingo, hechos para guardar las fabulosas riquezas que encerraba en su interior y convertidos en fortaleza que resistió todas las agresiones posibles sin sentir menguada un punto su estabilidad; la belleza de la plaza, rodeada de sus cuatro portales, de *Palacio*, del *Señor*, de *Clavería* y de la *Estrella*; el aseo y pulcritud de los tlanizates y la hermosura, virtud y gracia de las señoras *decentes*, así como la corrupción imponderable del clero, anunciadora de cosas terribles para el futuro.

Cierto día, hallándose de guardia en el alojamiento de Porfirio, vió entrar como de prisa y recatándose, á un sujeto entre clerical y curial, bajo de cuerpo, trigüeño de rostro, naricilla insignificante, mirada viva y ademán conciliador. Primero se observó el silencio que de ordi-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO





— Olivos, ordenó Porfirio al capitán, luego que apareció..

nario reinaba en aquella estancia, luego se oyeron gritos violentos, interjecciones de ira y gritos de terror.

— Olivos, ordenó Porfirio al capitán luego que apareció en la puerta del aposento por haber oído que se le llamaba; se lleva usted preso á este hombre y me le entrega en Santo Domingo, determinando que en seguida se le ponga en capilla.

Cumplió el capitán con lo que le habían ordenado y á la salida de la prisión se encontró con muchos sujetos que le aguardaban para pedirle noticias.

— Pero ¿qué hizo Dublán?

— ¿Quién es Dublán?

— Dublán, hombre, Manuel Dublán, el licenciado, el señor á quien acabas de llevar á la cárcel.

— No sé una palabra.

— ¿No sabes una palabra y le llevas á la prisión?

— Como ustedes lo oyen.

Mas á poco llegó un oficial que se hallaba al lado del jefe:

— Hombre, casi nada es la culpa del don Manuel: el angelito venía á mover las teclas para conseguir llevarse á Porfirio con los imperiales.

— Ese hombre está loco.

— Y llegaba ofreciendo el oro y el moro; dejarle de jefe de la línea de Oriente, reconocerle su grado, haciendo la promesa de no introducir franceses por estos rumbos si Porfirio no los pedía...